

do, resistiendo el empuje de los enemigos procedentes del Molino del Rey.

Haciéndose general el ataque, yo proveia con mi reserva á las necesidades que se notaban. Esta reserva me quedó reducida á los batallones 3.º ligero con 400 plazas, 4.º idem con 300, 11.º de línea con 600, activo de Morelia con 300 y el de Hidalgo, de Guardia Nacional, con 350, formando todos un total de 1950 hombres, que fueron empleados del modo siguiente: Al 3.º ligero le mandé que reforzara al batallon de San Blas, y en marcha, tuvo que retroceder, porque en estos momentos el enemigo se apoderó del fuerte de Chapultepec: al 4.º ligero, al 11.º de línea y al activo de Morelia, que se mantuvieran en reserva á las órdenes del general Lombardini, para ausiliar á los puntos de abajo, que eran atacados por fuertes columnas vigorosamente; y al de Guardia Nacional de Hidalgo lo coloqué en el flanco izquierdo de la fortificacion, que defendia el camino de la Condesa, donde se batió bien.

No obstante las pocas fuerzas que defendian las posiciones de abajo, el arrojó con que el enemigo las atacaba, su mayor número, el fué bizarramente rechazado, y no avanzaba un paso, cuando comencé á advertir, que el fuerte de arriba no hacia el fuego que era de esperar de su guarnicion, y poco despues vi con sorpresa que en grandes pelotones descendian huyendo, y abandonaban cobardemente sus parapetos, que solo de esta manera pudiera el enemigo haber ocupado fácilmente. Tan infame conducta me puso en el mayor conflicto, pues ocupadas las alturas de Chapultepec por el enemigo, las fuerzas de abajo quedaban enteramente espuestas á ser asesinadas con impunidad; y para evitarlo, no quedó otro recurso, que emprender la retirada para las garitas de Belen y Santo Tomas. Así lo ordené en medio de la mayor desesperacion.

El general D. Matías de la Peña y Barragan, que mandaba el punto de mi derecha, se dirigió por la calzada de la Verónica á la fortificacion de Santo Tomas con los batallones de Granaderos de la Guardia y 1.º ligero, llevando orden de sostenerla, protegido de la caballería, que, segun mis órdenes anteriores, debia allí encontrarse. El general Lombardini se dirigió á la garita de Belen en el mejor orden, y á su paso colocó en el para-

peto intermedio al batallon activo de Morelia, que sostuvo valientemente la retirada de los demas cuerpos, que con tanta bizarría defendieron los otros puntos de abajo de Chapultepec.

Algunos de los cobardes que huyeron del fuerte de arriba de Chapultepec, y que me fueron presentados pocas horas despues, se disculpaban con el abandono del punto que decian *hizo antes el general Bravo*; espresiones que reproché delante de muchos á los que las vertian, porque me parecia impropia de S. E. tal conducta. Posteriormente he sabido que fué tomado prisionero en el bosque de abajo, metido en una zanja de agua que lo cubria hasta el pescuezo, adonde por lo blanco de la cabeza fué descubierto de los enemigos. Hecho es éste que prueba el dicho de aquellos, y que merece depurarse en un juicio. Viene en favor de lo espuesto, el no hacer mencion en su parte del valiente batallon de San Blas, que pereció casi todo en las trincheras del cerro, pues si el Sr. Bravo hubiera permanecido en él hasta última hora, debió haberlo visto precisamente; y si lo vió, ¿para qué es ocultar que le fué este refuerzo, y quejarse que no se le auxilió? De todas maneras, la conducta del general Bravo no ha sido honrosa, pues cuando ménos ha faltado á la verdad, sorprendiendo así al público con agravio de la justicia y de mi buen nombre. Además, el gefe de una fortaleza que debe defenderla á toda costa, aparece muerto ó prisionero en ella. Sensible es para mí tener que presentar hechos de un compañero, que de buena gana sepultaria en el silencio, si él mismo no me precisara á hacerlo, dando á luz un parte que mis enemigos han acogido con algazara, y de que han sacado argumentos para apoyar sus diatribas y calumnias. Pido por lo mismo encarecidamente al supremo gobierno, que se instruya el sumario correspondiente sobre los particulares referidos, incorporándose á él este parte.

Volviendo á la narracion de los sucesos en la parte que le toca al general Terres, manifestaré: que habiendo yo llegado á la garita de Belen, dispuse luego su mejor defensa. Las piezas grandes que estaban en la fortificacion de la calzada de la Piedad, las hice trasladar á la de Belen en relevo de las chicas que en ésta habia, con lo que quedó bien artillada. El general Terres mandaba dias ántes ámbos puntos, y tenia en ellos

los batallones 1.º y 2.º activos de México y el de Guanajuato: á éstos aumenté el de Inválidos y Lagos, que coloqué en la calzada de la izquierda, cuya defensa encomendé al general graduado D. Diego Argüelles, mi ayudante de campo, y el 2.º ligero con otros piquetes, al mando del general Ramirez, en la calzada de la derecha; y últimamente, se replegó á la garita el activo de Morelia despues de batirse como he mencionado. Los enemigos se acercaron y fueron rechazados. La Ciudadela fué reforzada con algunos cuerpos. Mandé tambien que de las piezas de la Candelaria se llevasen cuatro á Santo Tomas, que sirvieron con mucha oportunidad en la garita de San Cosme.

En esta situacion recibí parte *que los enemigos avanzaban por San Cosme, y que las fuerzas de Santo Tomas venian en retirada.* Me dirigí al general Terres, y al hacerle saber que me pasaba á San Cosme, y que volveria, le recomendé conservara todo en el mismo estado: observando que se menudeaba el fuego de cañon sin necesidad, y sabiendo la escasez que habia de municiones, me aprocsimé á los artilleros, y les previne que no dispararan las piezas hasta que el enemigo se aprocsimara á buena distancia.

Con los batallones 3.º y 4.º ligeros y 11.º de línea, á las órdenes del general Perez, marché á San Cosme, y en la garita de este nombre encontré al general Rangel, y mas avanzado en un parapeto al general Peña y Barragan, que con una corta fuerza se batia bizarramente con el enemigo: mandé ocupar algunos edificios á vanguardia y retaguardia de la garita, así como la azotea de la misma garita. En estos momentos llegaron las piezas de la Candelaria, y ordené al general Rangel que les diera colocacion, como lo hizo violentamente, manifestándole mi resolucion de defender aquel punto á toda costa.

El general Peña y Barragan pidió refuerzo, y con mi ayudante el coronel Cosío le mandé dos compañías del 11.º batallon. El enemigo habia sido contenido, y me lisongeaba ya de que no pasaria fácilmente, cuando se me dió parte *que el general Terres habia abandonado la garita de Belen, y que por consiguiente, la Ciudadela estaba en peligro de perderse.* Con tan inesperada noticia me trasladé rápidamente para Belen con los tres cuerpos que en reserva tenia, á escepcion de las dos

compañías del 11.º citadas. Mandé órden al general Martinez, para que con toda la guarnicion y artillería de la Candelaria se replegara á la Ciudadela. A ésta llegué cuando el enemigo, apoderado de la garita de Belen, avanzaba una columna por el Paseo nuevo, y otra por la calzada de Belen prósima á la puerta, de manera que casi nos disputamos la entrada: se les rompió un fuego vivo, y conseguí replegarlas á la garita de Belen, causándoles bastante daño.

Salvada la Ciudadela por la rapidez de mi movimiento, procuré indagar el motivo que habia ocasionado la funesta pérdida de la garita de Belen, y una voz uniforme me impuso *que el general Terres habia ordenado su evacuacion, ejecutada con tanto espacio, que hasta las piezas y municiones se habian salvado.* Al general Argüelles reconvine por el abandono del punto que le confié, y me manifestó, *que no queriendo él retirarse porque no veia una necesidad, se le repitió la órden á nombre del gefe de la línea, y no le quedó mas arbitrio que obedecerla.* Por tantas faltas y tantos acontecimientos desgraciados producidos por la mas punible insubordinacion y cobardía, el despecho y la desesperacion se apoderaron de mí, de tal modo, que al presentármese el general Terres, ciego de cólera, descargué sobre él dos ó tres golpes, y le mandé arrancar la espada y las divisas que portaba, declarándole indigno servidor de una nacion que le habia prodigado sus consideraciones, y que entre tanto era juzgado con arreglo á Ordenanza, guardase arresto en la Ciudadela. Este arresto fué quebrantado por tan mal militar, segun al principio de esta nota he insinuado, en el hecho de no continuar con el ejército mexicano, que evacuó la Ciudadela la madrugada del dia 14 para trasladarse á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, y haberse quedado sin mi consentimiento en un lugar que ocupó despues el enemigo, teniendo el descaro de presentarse en su célebre parte como prisionero de guerra, sin esplicar cómo apareció de esta manera. El supremo gobierno juzgará de estos hechos, y no dudo de su justificacion, que ordenará lo conveniente para que sean esclarecidos y castigados como ecsigen las leyes, el honor del ejército y la vindicta pública.

Replegado el enemigo á la garita de Belen como he relatado,

cómenzó sus fuegos de cañon sobre la Ciudadela, á que correspondió ésta debidamente. Intenté desalojarlo con el batallon activo de Morelia y otros piquetes, y no fué posible, aunque nuestros soldados en esta vez obraron con extraordinario arrojo. Serian las cinco de la tarde, cuando recibí parte *que la garita de San Cosme necesitaba refuerzo*. Regresé para aquel punto con el tercer batallon ligero y un piquete de Granaderos de la Guardia: al llegar, me impuse por mi ayudante el coronel Cosío, que *el parapeto avanzado habia sido abandonado por las cargas repetidas del enemigo, y que al retirarse con las dos compañías del 11.º batallon, le fueron muertos por nuestra metralla dos soldados, recibiendo él una contusion*. Observé en seguida que la defensa estaba reducida á la sola garita que sostenia con valor el general Rangel. Dispuse que el batallon 3.º ligero quedase de reserva á la espalda de la garita, y mandé ocupar la casa de D. Atilano Sanchez y otras inmediatas para que fuesen apoyadas nuestras fuerzas de la garita. Entre tanto se ejecutaba esta operacion por el batallon 1.º ligero, vi morir á algunos oficiales y soldados de este cuerpo, por los proyectiles del enemigo que menudeaban. Se me dijo allí que por los jardines de la casa nombrada de Pinillo, se introducía el enemigo, y pasé á ella con cien Granaderos de la Guardia, que hice situar en las azoteas despues de cerciorado que no habia nada por los jardines. Acabada esta operacion, ya al concluir la tarde, oí repentinamente un toque de corneta procedente de la garita de San Cosme, que repetido, no me cupo duda que se tocaba retirada: salí precipitado con mi estado mayor para informarme de aquel incidente, cuando los grupos de tropa que venian desbandados, nos atropellaban, de modo que no quedó mas recurso que marchar entre ellos, hasta que por los esfuerzos de mis ayudantes se logró que detuvieran la carrera, y oyeran mi prevencion de *replegarse á la Ciudadela*, adonde los conduje con no poco trabajo, siendo necesario destacar algunas partidas de caballería para hacer volver á muchos oficiales, que con mas ó ménos número de soldados se marchaban por diferentes calles.

Las siete de la noche serian cuando me encontraba en las puertas de la Ciudadela, y hasta no quedar satisfecho de haber

entrado toda la fuerza de San Cosme, no me apeé del caballo, que montaba desde las cuatro de la mañana. Procuré indagar quién habia mandado tocar la retirada, que tanto desórden habia causado, y se me dijo que el general Rangel. Como desde entónces no he vuelto á ver á este general, no he podido cerciorarme mejor de este hecho, que causó por supuesto la pérdida de la citada garita, y el que quedara el paso franco al enemigo para introducirse al centro de la capital.

A las ocho de la noche presidí en la Ciudadela una junta de guerra de generales, que convoqué para oír sus opiniones y tomar con acierto un partido en tan terribles circunstancias. Asistió á esta junta el Escmo. Sr. gobernador del Estado de México, coronel de Guardia Nacional D. Francisco Modesto Olaguibel, que á la sazón se hallaba en ella, pues en la tarde habia llegado con doscientos infantes y cuatro piezas ligeras de artillería, con el fin de ausiliar la capital. En la junta se recapitularon los acontecimientos del dia y aun otros anteriores: se deploró la situacion á que nos habia reducido la desobediencia de unos, la cobardía de otros y la inmoralidad en general de nuestro ejército, de manera que no habia que esperar mejor conducta: tambien se hizo ver en favor de él, que las continuas revueltas, nuestra desorganizacion social y el mal sistema de reemplazarlo, habia influido mucho en aquel mal, á la vez que, por nuestra escasez, los soldados no eran atendidos con lo que les pertenecia, como puntualmente acontecia en aquel dia, que no habian probado alimento; que en cuatro anteriores se les debian los socorros, y no se sabia si para el siguiente tendrian que comer. Se manifestó igualmente la escasez de municiones para poder sostener un dia mas el combate, las pocas fuerzas que habian quedado, y últimamente, que reducidos al solo recinto de la Ciudadela, era consiguiente que el enemigo apuraria sus proyectiles, y no seria posible permanecer en ella un par do horas: que ocurrir á los edificios de la ciudad, seria comprometerla sin esperanzas de un buen suceso, cuando el pueblo, con pocas escepciones, no tomaba parte en la lucha. Estas y otras reflexiones se tuvieron presentes para resolver, como se acordó unánimemente, que á la madrugada se eva-

cuara la Ciudadela y edificios inmediatos, y que la artillería, municiones y tropa se situara en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, todo á las órdenes del general Lombardini, como se efectuó.

Los cuerpos de caballería que estaban en la capital, recibieron orden de estar tambien á la madrugada en la citada ciudad de Guadalupe Hidalgo, para incorporarse á la division de caballería que allí se hallaba con el Escmo. Sr. general Alvarez.

Reunidas todas las fuerzas en Guadalupe Hidalgo, en medio de la hambre y de la miseria mas espantosa, acordé con el Escmo. Sr. general de division D. José J. de Herrera, que nos dividiéramos las atenciones: S. E., pues, marchó para Querétaro con toda la infantería y artillería; y con la caballería y cuatro piezas ligeras lo hice yo para Puebla. La necesidad y el buen servicio de la nacion ecsigieron esta medida, porque ni era posible subsistir un dia mas sin comer en un lugar en que todo faltaba, ni debia perderse tiempo en salvar los restos de un ejército que aun podia prestar útiles servicios. El general Herrera fué encargado de reorganizar las fuerzas que puse á su mando con tal objeto, y yo no dudé que se verificaria con los recursos de los Estados mas ricos de la República, y me lisongeara, que entretanto esto tenia efecto, yo hostilizaria á la guarnicion enemiga de Puebla, cuya rendicion juzgué muy importante.

Cuando acababa de llegar al pueblo de San Cristóbal, se presentaron en mi solicitud algunos ciudadanos de la capital, anunciándome, *que la vista del pabellon americano elevado en el Palacio por nuestros enemigos, habia causado tanta irritacion en los ánimos, que en masa el pueblo se habia levantado contra los invasores, los tenia reducidos al círculo de la plaza, y les habian quitado seis cañones, y me pidieron, por último, que contramarchara, y fuera á tomar parte el ejército con el pueblo.* Tan plausible nueva confieso que me conmovió extraordinariamente, y el mismo efecto advertí en el general Alvarez, que en ese momento se hallaba conmigo, y ámbos unánimemente nos dispusimos á contramarchar sin pérdida de un instante, y casi á escape llegamos con la caballería á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, adonde esperamos un corto rato al batallon del Sur, que marchaba con el Sr. Alvarez, el que

continuó hasta la garita de Peralvillo seguido de algunos cuerpos de caballería. El Sr. Alvarez y yo penetramos hasta las calles de la capital, para cerciorarnos por nuestra propia vista de lo que acontecia en ella, y obrar segun los sucesos, habiendo dejado en la calzada de Guadalupe en observacion el resto de la caballería. Desde San Cristóbal ordené al general Herrera que contramarchara con la infantería y artillería; pero S. E. habia ya llegado á Cuautitlan cuando recibió mi comunicacion, y no fué posible su vuelta.

Cuanto fué mi entusiasmo por las ecsageradas noticias que se me dieron en San Cristóbal, así fué el disgusto que me causó el desengaño; pues no observé mas que algunos tiros de fusil, que á los enemigos disparaban en algunas esquinas varios individuos del pueblo, siendo falso la quitada de piezas, y por consiguiente la sublevacion general de todas las clases que sitiaban en la plaza á los invasores. Sin embargo, en Peralvillo hice levantar una trinchera que pusiera á cubierto á la infantería del Sur, que allí se colocó para ausiliar al pueblo, y con igual objeto hice recorrer por diversos barrios gruesas partidas de caballería, que como los demas cuerpos de esta arma, se retiraron á pasar la noche á Guadalupe, quedando en Peralvillo la infantería hasta el dia 16 por la mañana.

El dia 15 destaqué á varios cuerpos de caballería para que recorriesen algunas calles de la capital, y protegiesen al pueblo en el movimiento que se me aseguraba *iba á ejecutar ese dia sobre los invasores, si la tropa lo apoyaba.* Marchó tambien el general Alvarez para estar á la mira, y aprovechar la ocasion de hostilizar al enemigo; pero el dia pasó lo mismo que el anterior, y el Sr. Alvarez al retirarse en la noche, me participó *que solamente se habia conseguido que los regimientos de caballería 5.º, 9.º y Guanajuato lancearan á algunos soldados enemigos que encontraron; y en fin, que no observaba síntomas que confirmaran ese levantamiento que se nos aseguraba.*

Como en el citado dia 15 fueron muy temprano varios ciudadanos á representarme á nombre del pueblo de la capital, *que el alcalde primero D. Manuel Reyes Veramendi con el ayuntamiento, tomaba medidas para reprimir su entusiasmo, mostrándome un impreso que lo confirmaba, yo le pasé el ofi-*

cio marcado con el número 1, que me contestó dicho alcalde con el número 2, y que le reproduje con el número 3.

El 16 por la mañana se me incorporaron los señores ministros de guerra y relaciones, que se habian adelantado hasta San Juan Teotihuacan, y observándome con juiciosas razones las dificultades que traeria el no fijar el gobierno en un punto central como Querétaro, yo no vacilé en acordar el decreto de esa fecha, y á continuacion el manifiesto que ha visto la nacion, porque mi delicadeza no me permitia alejarme á tanta distancia del teatro de la guerra, y preferí la campaña al gabinete, como otras veces.

Tomada la determinacion indicada, dispuse la continuacion de la marcha para Puebla, como se efectuó en el mismo dia, pues ya no se encontraba ni forrages para los caballos.

He relatado con esactitud mis últimas operaciones de la capital, para demostrar la injusticia con que se ha intentado poner en duda mi comportamiento, cuyos resultados, si no han sido felices como vivamente lo deseaba, es incuestionable que pureza de intenciones y patriotismo han sobrado. Terminaré, pues, esta nota, cumpliendo á la vez con el deber de participar al supremo gobierno lo que hizo infructuosos mis últimos esfuerzos sobre Puebla.

Se me habia informado oficialmente, que en Cholula se encontraban dos mil quinientos infantes de la Guardia Nacional del Estado y dos piezas pequeñas de artillería, á las órdenes del general de brigada D. Manuel María Villada, y que á las de el general graduado D. Joaquin Rea ecsistian 600 guerrilleros que circundaban á Puebla; cuyas fuerzas, y aun el pueblo de esta ciudad, ardian en entusiasmo para combatir con la guarnicion enemiga, que insultaba con su presencia á aquellos habitantes. Por esto fué que desde Guadalupe Hidalgo ordené al Esmo. Sr. general D. Juan Alvarez, nombrado comandante general del Estado de Puebla, que con las fuerzas del Sur de su mando, reducidas á 600 hombres de infantería y caballería, se dirigiera para dicha ciudad por el camino de Texcoco y San Martin Texmelúcan, haciéndolo yo con dos mil caballos y cuatro piezas ligeras por los Llanos de Apam hasta el Molino de

Santo Domingo, lisonjeado con que reuniria sobre Puebla seis mil hombres, que ayudados del pueblo harian muy pronto sucumbir á la guarnicion enemiga, que no escedia de mil hombres, aunque con buenas fortificaciones en los cerros de Loreto, Guadalupe y cuartel de San José.

En la tarde del 21 me presenté en las calles de Puebla con una pequeña escolta, y fuí recibido por el pueblo con música y entusiasmo, que me confirmó su buena disposicion contra el enemigo comun. Encontré en diversos cuarteles á la infantería de Guardia Nacional que se hallaba en Cholula.

El 22 me situé en la misma ciudad para dirigir las operaciones, y coloqué mis fuerzas en el Cármen y otros puntos. El general Alvarez llegó al siguiente dia.

Nombré gobernador militar de la plaza al general Rea, quien declaró en estado de sitio la ciudad, y tomó todas las providencias convenientes para estrechar al enemigo, privándolo de los recursos que disfrutaba sin oposicion; de manera que se vió precisado á no dar un paso fuera de sus atrincheramientos. Reconocí éstos muy de cerca, y juzgué difícil un asalto; sin embargo, hice al gefe enemigo la intimacion que adjunto en copia con el núm. 4 y su contestacion, núm. 5. Esta me dió á conocer que no quedaba otro arbitrio que la fuerza, y mandé estrechar el sitio, de que resultó empeñarse á cada momento el fuego de una y otra parte, costándole al enemigo alguna pérdida y varios desertores, que declararon *la escasez de víveres en que estaban.*

Cuando todo daba esperanzas de su pronta rendicion, recibí noticias oficiales de hallarse un convoy en Jalapa, con direccion á Puebla, y ya se hizo necesario salirle al encuentro. Dispuse al efecto que el general Rea quedase con el mando de las fuerzas precisas para llevar á cabo el sitio, y con el resto me dirigí al Pinal, como punto á propósito para esperar y batir la fuerza del convoy. El dia primero de Octubre se emprendió la marcha, y en un momento de descanso en Amozoc observé que la infantería de Guardia Nacional del Estado comenzaba á desertar, dejando en pabellones los fusiles. Pernoctamos esa noche en Acajete, y tuve parte al amanecer, que cuerpos enteros

de dicha Guardia Nacional se desertaron, unos con armas y otros dejándolas, cuyo escándalo me hizo conocer que mis planes se frustrarian. Sin embargo, proseguí la marcha á Nopalúcan para observar al enemigo, y mandé fortificar algunos puntos del Pinal, que reconocí previamente para batirlo con ventaja. El coronel D. José María Carrasco, á quien encargué de esas obras, trabajó con una actividad estraordinaria, y las hubiera terminado en dos ó tres dias con las cuadrillas de las haciendas que se reunieron, si la fatalidad, que siempre presidió á nuestras operaciones, no me hubiera obligado á variar el plan que me habia propuesto. La desercion continuó sin poderse evitar, haciéndose trascendental á la tropa de línea de caballería, de cuyos cuerpos desertaron tambien algunos oficiales, pidiendo otros pasaportes para separarse del servicio ó marcharse á Querétaro. A proporcion que el enemigo se aprosimaba, crecia el escándalo hasta temerse una conspiracion. Pensé hacer algunos ejemplares con los cobardes; pero las prudentes reflexiones del general Alvarez me contuvieron, y al fin determiné que regresaran á Puebla los restos de los cuerpos de Guardia Nacional. En seguida marchó el mismo Sr. general Alvarez con su tropa del Sur, pues como comandante general del Estado debia dirigir las operaciones del sitio, y disponer lo conveniente con oportunidad, si no se lograba rendir la guarnicion ántes de la llegada del convoy; y para reforzarlo puse á sus órdenes algunos cuerpos de caballería. Yo me quedé en Nopalúcan con mil y pico de caballos y seis piezas ligeras, con objeto de entretener al convoy y hostilizarlo en cuanto fuera posible, ya que no me quedaba otro recurso. Recibí noticias de Querétaro, que el general D. Isidro Reyes caminaba á reunirse me con una brigada y dos piezas de batir, y para esperararlo en buen lugar me pasé á situar á Huamantla.

Los sucesos que despues tuvieron lugar, constan en el parte del dia 13 del mismo Octubre que corre impreso, y del que V. E. no se ha dignado acusarme recibo. En él ecsiste un testimonio de mis últimos afanes, y de que las armas que estaban á mi mando se empleaban en su objeto: de él adjunto copia con el núm. 6.

La imparcialidad juzgará si mi conducta es acreedora á las

diatribas y á las amargas censuras de los que, aprovechando la confusion y el desórden, gritan y escriben con repeticion: *abandono escandaloso de la capital*, para sorprender la sencillez de algunos, y para robustecer las especies que con fin siniestro han propagado de *traicion*. Las facciones no se paran en medios, y hasta los infortunios de la patria los hacen servir á su objeto. Conozco que nada valdrán los hechos que han pasado á la vista de tantos hombres: la generosidad con que me presenté á sacrificar mi vida, mi fortuna y la de mis hijos por libertar la independencia amenazada; los esfuerzos que todos han presenciado para organizar ejércitos cuando poco habia, y conducirlos al campo de batalla, á donde tantas veces estuvo en peligro mi ecsistencia; que mi inocencia y mi justicia serán escarnecidas por mis enemigos, y que todo, todo, será convertido en delitos por esa turba que ansiosa aspira á cebarse en la víctima. Consumese en hora buena la iniquidad, si la Providencia así lo permite: acábase con una reputacion que la envidia mira con odio: aténtese contra los dias de un viejo soldado que las balas de los invasores han respetado, y cébense en la sangre que vino á deramar en sosten del honor y derechos de la nacion, aun cuando así se aumente á nuestra historia un nuevo acto de barbarie y de ingratitud; pero yo con una conciencia tranquila haré frente á tanta maldad: alzaré mi voz hasta el cielo para que se me haga justicia, y legaré, en fin, á mis verdugos el oprobio de mi muerte.

Sírvase V. E. ponerlo todo en conocimiento del Escmo. Sr. encargado del supremo poder ejecutivo, pidiéndole á mi nombre se sirva mandar que á esta nota se le dé la publicacion correspondiente, y reciba V. E. á la vez las consideraciones de mi particular aprecio.—Dios y libertad. Tehuacan, Noviembre 12 de 1847.—*Antonio Lopez de Santa-Anna*.—Escmo. Sr. ministro de guerra y marina.

Comandancia general del Estado libre y soberano de Puebla.—Escmo. Sr.—Como llegará tiempo en que los sucesos de la jornada del dia 8 en las lomas de la hacienda de los Morales y Chapultepec lleguen á publicarse, porque así está en el deber de los gefes que conocen el honor, y de los que perteneciendo á la